

Regenta la cátedra de griego el profesor Jaime Escobar, licenciado en Filosofía y Letras y doctor en Humanidades de la Universidad Javeriana, quien ha sido profesor en las diferentes escalas de la educación y en varias universidades.

En esta forma el Instituto Caro y Cuervo sigue contribuyendo al conocimiento y estudio permanente de las lenguas clásicas, empleando adecuadas técnicas pedagógicas, para beneficio de los amantes de los estudios humanísticos en Colombia.

DÍA DEL BIBLIOTECARIO

El 23 de abril, *día del idioma* de toda la hispanidad — señalado oficialmente en Colombia por el Decreto 707 de 1938 —, es también el *día del bibliotecario*, declarado así por la Asociación Colombiana de Bibliotecarios en su XXX reunión en 1958; es igualmente el *día del libro en castellano*, declarado así en el marco de la Unesco por las delegaciones de los países de habla española y por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina (cfr. *Noticias Culturales*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, núm. 135, 1º de abril de 1972, pág. 11).

En el presente año la celebración, por iniciativa de la Jefe del Departamento de Biblioteca, licenciada Alcira Valencia Ospina, incluyó la impresión, en la Imprenta Patriótica, de un plegable en el cual se reproduce el poema de Amado Nervo *Los libros*, que fue distribuido entre todos los colaboradores del Instituto, como invitación a la reflexión sobre los “libros, urnas de ideas; libros, arcas de ensueño”.

UNA EMPRESA DIRIGIDA AL DESCUBRIMIENTO Y VALORACIÓN DEL HUMANISMO

EL INSTITUTO CARO Y CUERVO
EN LOS 450 AÑOS DE TUNJA

Con motivo de cumplirse los 450 años de la fundación de Tunja, el Instituto Caro y Cuervo y la Alcaldía Mayor de esa ciudad, capital del Departamento de Boyacá, organizaron un ciclo de conferencias que se llevaron a cabo entre los meses de mayo y junio de 1989,

tanto en la ciudad de Tunja como en la ciudad de Bogotá, según el programa que se menciona en seguida.

EN TUNJA

XVII FESTIVAL INTERNACIONAL DE LA CULTURA
Y 450 AÑOS DE TUNJA

- 18 de mayo: ERNESTO PORRAS COLLANTES, "Investigaciones del Instituto Caro y Cuervo sobre la cultura humanística colonial en Tunja".
- 25 de mayo: JOSÉ JOAQUÍN MONTES GIRALDO, JENNIE FIGUEROA LORZA y SIERVO MORA MONROY, "El habla boyacense en el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia* (ALEC)".
- 1º de junio: MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI, S. I., "*El Desierto Prodigioso*".
- 8 de junio: DIÓGENES FAJARDO, "El Barroco americano: Hernando Domínguez Camargo".
- 15 de junio: JAIME BERNAL LEONGÓMEZ, "Diego Mendoza Pérez".
- 22 de junio: GUILLERMO RUIZ LARA, "La obra poética de José Joaquín Ortiz".

Las conferencias fueron dictadas en el Auditorio del Instituto de Bellas Artes, en las horas de la tarde.

EN BOGOTÁ

450 AÑOS DE TUNJA EN BOGOTÁ

- 31 de mayo: ERNESTO PORRAS COLLANTES, "Una investigación sobre la cultura colonial en Tunja".
- 7 de junio: MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI, S. I., "El Desierto Prodigioso".
- 14 de junio: DIÓGENES FAJARDO, "El Barroco americano: Hernando Domínguez Camargo".
- 21 de junio: JAIME BERNAL LEONGÓMEZ, "Diego Mendoza Pérez".
- 28 de junio: GUILLERMO RUIZ LARA, "La obra poética de José Joaquín Ortiz".

Las conferencias fueron dictadas en la sala de música de la Biblioteca Nacional y versaron sobre los mismos temas de las pronunciadas en Tunja, con el objeto de darlas a conocer al público bogotano.

A continuación ofrecemos el texto de la conferencia pronunciada en Tunja por don Ernesto Porras Collantes:

Muy respetados señores representantes de las autoridades civiles y eclesiásticas de Tunja, Sr. Director del Instituto Caro y Cuervo, señores miembros de la intelectualidad y de la sociedad culta de esta ciudad:

Hame encomendado el Instituto Caro y Cuervo la grata, honrosa y delicada misión de dar comienzo al programa de conferencias con las que nuestra Institución rinde homenaje a la preclara ciudad de Tunja en sus 450 años de vida.

Misión grata porque Tunja fue la madre nodriza de mi primera formación universitaria, y de ella salido, he vuelto con los días, a su encinto, en busca de la historia personal y social que en sus calles demora.

Honrosa misión por lo señalado de la ocasión que nos congrega, y delicada por la calidad de los congregados.

Permitidme dedicar estas palabras a la memoria de don Rafael Torres Quintero, maestro de hispanidad, de colombianismo y de tunjanidad y que, en su memoria, pida guardemos un minuto de silencio.

Permitidme que en las siguientes palabras me refiera a la luminosa labor del Instituto Caro y Cuervo, en cuanto ella se refleja en el esclarecimiento de la cultura literaria y humanística colonial de Tunja y la provincia por ella encabezada.

Cuando en 1942 un puñado de jóvenes, tutelados por el Padre Félix Restrepo y el maestro Pedro Urbano González de la Calle ya se reunía en una pequeña oficina de la Biblioteca Nacional, alrededor de la acogedora mesa de estudio inicial — que eso fue, en un principio el Instituto Caro y Cuervo —, estaban dando comienzo a una empresa de cultura sólo comparable a la Expedición Botánica de Mutis entre nosotros: se lanzaban, desde estas tierras, con destino hacia los astros.

Se trataba de estudiar los productos de la tierra nuestra, ya no de los naturales, sino de aquellos hijos del espíritu y la inteligencia de nuestros más preclaros hombres; se trataba de una empresa dirigida al descubrimiento y valoración del humanismo que en nuestras fértiles tierras ha sido cultivado y que como tal ha llamado la atención desde tempranas épocas, en la pluma de cronistas e historiadores.

En 1949 publica don José Manuel Rivas Sacconi su libro *El latín en Colombia: bosquejo histórico del humanismo colombiano*, en el que ofrece un camino, un viático inextinguible, para la exploración y para la investigación de nuestra cultura, obra que desde entonces ha sido lumen de las labores del Instituto. En efecto, el ilustre humanista señala allí, no sólo una nómina de autores y obras acompañadas de sesudos y eruditísimos estudios, sino que amonesta a quienes sigan su guía sobre cómo “La primera necesidad [con la que debe enfrentarse el investigador] es el acopio y la elaboración de materiales. Sin ellos todo juicio es prematuro, infundado e inevitablemente erróneo” (“Nota preliminar”, pág. viii). Consejo parecido le oímos en otros escritos sobre “Lo que puede y debe intentarse con cada uno de los autores nacionales, señaladamente del período más oscuro, por lo menos estudiado, que es el de la colonia. [Porque] Sólo cuando trabajos de esta índole que hagan obvio lo que hoy es inaccesible existan para la mayoría de ellos, y se disponga de un conjunto de monografías acerca de los múltiples aspectos de la actividad intelectual, podrá escribirse la historia de la cultura literaria en este país [...]” (“Prólogo” a las *Obras* de Cueto y Mena, pág. xxi).

En 1952, y como instrumento para realizar estas ideas, se crea la Sección de Historia Cultural del Instituto, promovida luego al rango de Departamento, con la finalidad de investigar científicamente la historia cultural de Colombia y sus relaciones con Hispanoamérica, particularmente en lo referente a las fuentes y documentos — y publicación de los mismos —, en lo atinente a las ideas e influencias culturales; se encargó a este Departamento lo referente a elaboración y publicación de monografías sobre determinados períodos histórico-culturales de la literatura colombiana y otros aspectos culturales de la historia nacional, así como la elaboración y publicación de estudios histórico-biográficos de personalidades de la historia cultural del país y elaboración de ediciones críticas de autores nacionales.

Pronto la empresa iluminante de nuestros períodos oscuros dio sus primeros frutos, premonitoriamente iniciados con el descubrimiento, estudio y publicación del importante manuscrito inédito de don Gonzalo Jiménez de Quesada, titulado *El Antijovio*, en 1952, con estudios de don Manuel Ballesteros Gaibrois y de don Rafael Torres Quintero.

En el mismo año sale a la luz la edición crítica de las *Obras* de Juan de Cueto y Mena, con introducción y notas de Archer Woodford y prólogo de José Manuel Rivas Sacconi.

La elipse ha iniciado su vuelo estelar. Y en este recorrido por el ámbito nacional, se ha detenido morosa y amorosamente sobre una privilegiada zona de númenes, de ingenios, de espíritus claros, cuyo límite geográfico es Tunja y Boyacá, pero cuyo límite humano se ensancha cada vez más allá de las fronteras físicas de la patria.

Las letras humanas y divinas, de pensamiento y de elación, de acción y de pensamiento, de creación y reflexión, de lengua y de literatura, del lejano ayer y del hoy que nos cerca, nacidas a la luz en este aparentemente lejano y humilde teatro de nuestra cultura, se desvelan y dejan ver los rayos de su astro.

Permitidme que antes de entrar a referirme a los hombres y a las obras de Boyacá que han sido objeto del cuidado de los estudiosos de nuestro Instituto, elabore un bosquejo del transfondo histórico sobre el que se levantan tales obras, y proponga, con base en el mismo, una organización de esos fenómenos de la cultura artística literaria, según se trasluce a mi entender. Tal elaboración previa es imperativo categórico en disertaciones como la presente, so pena de caer en la disgregación, en la enumeración mecánica, en la inercia de las fechas históricas y en la sequedad de las reseñas.

Los siglos de Carlos V, Felipe II y Felipe III están signados con grandes cambios de la materia y el espíritu. El mundo físico se abre halagadoramente ante la España que desde las montañas de Asturias se ha lanzado exitosamente y ha reconquistado la piel del toro ibérico y luego, con viento y hado venturoso, ha hecho el mayor descubrimiento y conquista que hombres hayan hecho antes: América. En el curso de poco tiempo, los dominios de Carlos se extienden numerosos a Europa y América y se apuntan bajo Felipe en África y el Asia. Pero la gran empresa requiere una razón de ser, acorde con los tiempos. Y los tiempos dicen que, al par que se multiplican las tierras, se divide en la Europa el dominio espiritual de los cristianos. La escisión de la Reforma protestante es ocasión para que España levante el estandarte del cristianismo y de la ortodoxia católica tridentina: ha encontrado España el componente espiritual de su conquista: el imperio, que en su forma primitiva pudo tener como resorte la sed rabiosa del oro, tendrá, trascendentemente, la impronta de una misión salvacionista, de la espiritual conquista para el cielo.

El siglo de Carlos V fue, en nuestro medio, el de la conquista y el saqueo a sangre y fuego: el de la conquista material. El siglo de Felipe II, el del tránsito hacia la colonización y la organización, el del goce de la vida al amparo de las primeras riquezas acumuladas, de los beneficios concedidos a los conquistadores y a sus descendientes, del trabajo servil del indio en la encomienda y del negro esclavo en haciendas y minas.

Los héroes de estas épocas primeras son los héroes del acero. A la exaltación de sus obras y a la eternización de su memoria y a la consolidación del poder, para ellos y sus descendientes, se dirige buena parte de la actividad política, económica y cultural de la época.

Pero la política imperial de concentración del poder, bajo Felipe II, puso límites, primero al ímpetu del conquistador, seguidamente a sus pretensiones nobiliarias y, en fin, a las formas económico-políticas por el conquistador beneficiadas. En Tunja confluyeron tales medidas en forma desastrosa, a partir de finales del siglo XVI, en forma que Santa Fe se convierte en usufructuaria de las nuevas políticas y género de vida. En una palabra, la etapa de la conquista material — que había encontrado en Tunja adalid y adelantado desde el momento en que en sus tierras habían confluído las sangres de tres grupos de conquistadores venidos en pos de El Dorado — se entrevé como fracaso.

En el filo de los siglos XVI y XVII, es verdad, se adornan las personas y los edificios con el brillo ornamental del arte y de los símbolos ostentosos. Pero ya hacia 1610 la decadencia material de la ciudad se hace patente, como se afirma en un bien conocido informe que el Cabildo envía a España. Mucho más acusada se adivina la declinación de la ciudad hacia 1657, según nos lo informa, de paso, Lucas Fernández de Piedrahíta.

Los caminos de la tierra empiezan a cerrarse ostensiblemente y la ciudad empezará a despoblarse y a amenazar ruina. Tunja llegó a tener cien manzanas de extensión en la época de su mayor florecimiento; al finalizar el siglo XIX contaba sólo con 54 manzanas y un poco más de 700 casas, rodeadas de un anillo de edificios abandonados.

La conquista, en el sentido material de la palabra, ha confluído en entero fracaso. Se ha cumplido el *fatum*, así en la provincia, como en la sede ibérica del imperio.

Pero frente al conquistador de la materia había venido también el del espíritu, bien que acallado y como casi tolerado en las primeras etapas de la gesta conquistadora. Por eso, cuando los caminos de este mundo se cierran para Tunja, Tunja abre la brecha que conduce al asalto del ultramundo, a la conquista del verdadero Dorado, aquel cuyo brillo no es pasajero y cuyos títulos son de heráldica más alta y cuyos dominios son imperecederos. Los caminos son los del dominio de sí mismo, los de la purgación, los del silencio de las cosas, que permiten la vía, la escalera de ascenso a esta nueva Ciudad de Dios, desde la vana ciudad de los hombres. Es apenas natural que las nuevas huestes conquistadoras tengan nuevos héroes, ejecutores de nuevas doctrinas. Es apenas natural que sea San Ignacio de Loyola, el santo militar de los *Exercitia*, uno de los primeros héroes en filas y que sean las glorias de esos otros varones ilustres de Indias, los misioneros y los ermitaños, las dignas de alabanza. Sea por esto el momento de proponer ante Uds. la idea que me he hecho del devenir histórico de la noble ciudad de Tunja, y que como transfondo íntimo veo que anima los monumentos de la cultura artístico-literaria que en estas tierras hanse levantado. Entiendo que una visión de conjunto del acervo cultural tunjano convendría referirla a un doble axis de conquista: el de la conquista del mundo material y el de la conquista del mundo espiritual, esta, como respuesta positiva al fracaso de la primera, y como verdadero aporte a la imperecedera gloria de la ciudad.

A este doble axis me propongo referir algunas obras que, nutridas con la leche de Tunja y Boyacá, han sido objeto de estudio y publicación por parte de nuestro Instituto. Sobra decir que esta referencia es una hipótesis personal, reflexión a posteriori, sobre los materiales trabajados, de la que solo yo soy responsable.

De los autores que hacen con el siglo de oro y hierro, permítaseme mencionar a Juan de Castellanos, él mismo viva síntesis del soldado de la conquista y del conquistador de almas.

Otro español, don Manuel Alvar, retoma la figura de Castellanos y su monumental obra de las *Elegías de varones ilustres de Indias* en el libro que con el título de *Juan de Castellanos, tradición española y realidad americana* publicaron nuestras prensas en 1972. La obra del Beneficiado se sopesa dentro del marco literario que ofrecen otros autores españoles, ya de la crónica, ya de la poesía épica; pero es en la lengua del vate, "español de América", en donde se encuentra — a juzgar por el detenimiento con el que Alvar trata el tema — el mayor lustre y valor de Castellanos. Se ha convertido el cantor en un escritor criollo, lo "que no puede decirse de Ercilla, Oña o Villagrà"; [es escritor que] "Cuando se pone a escribir, toda una nueva realidad le entra en sus versos y en ella encuentra el poeta su propia identidad" (pág. 103). Juan de Castellanos sale de estas páginas redimido de su medievalismo y de su opaca poesía, gracias a su veracidad de historiador y a su fidelidad a la realidad, particularmente la verdad lingüística, que hace de su obra, también, venero riquísimo para el estudio de la expresión vernácula, así como de la indígena de estas partes del continente.

Es la línea ascética y mística, sin embargo, la de mayor representación cuantitativa y cualitativa en la galería de nuestros esfuerzos. Tornamos, de la épica humana, a la épica divina y nos adentramos en el campo en el que más fecunda ha sido Tunja y su provincia. Esto explica que Hernando Domínguez Camargo, cura de ascendencia tunjana por la línea materna y por la formación religiosa que en la ciudad recibió, boyacense y tunjano por el disfrute de la tranquilidad que le brindaron Chiquinquirá, Paipa y Turmequé y el beneficio de la Catedral de Santiago, sea el autor de la nueva épica, representada en el así llamado "Poema épico a San Ignacio de Loyola", publicado por el Instituto en el volumen de sus *Obras*.

La edición de las mismas — que corrió a cargo de don Rafael Torres Quintero, con eruditos estudios de Alfonso Méndez Plancarte, Joaquín Antonio Peñalosa y Guillermo Hernández de Alba — vio la luz en 1960. Esta publicación marca un hito en el conocimiento de la vida y la obra del vate y en la valoración y justipreciación del más alto discípulo de Góngora en la América española. Con pocas excepciones, propios y extraños habíanse hecho eco de inveterados prejuicios que sobre la obra del Góngora del Polifemo y de las Soledades han corrido injustamente por el mundo, prejuicios que a su paso habían ahogado el nombre y merecimiento de Domínguez Camargo. Corresponde a la generación del 27, encabezada por Gerardo Diego, retomar la línea de juiciosa ponderación del poeta de Turmequé, ya iniciada por don Manuel del Socorro Rodríguez. Plumas como la don Ángel Valbuena Prat y la de Emilio Carilla se encargaron, a continuación, de consagrarlo internacionalmente. Y los estudios de Hernández de Alba y Joaquín Antonio Peñalosa dan cima a esta primera apoteosis.

Sin perjuicio de los enjundiosos estudios mencionados, estimo que la gloria de Domínguez Camargo sigue, hasta ahora, parasitaria y secundariamente unida al nombre de Góngora, por este prurito inveterado de la crítica colonial, de detenerse en la corteza, con olvido del verdadero fruto en que consisten las obras del espíritu y de la cultura. Quiero significar que el "Ignacio de Loyola" ha sido examinado particularmente desde el ángulo de su forma expresiva, barroca, desde luego, y muy poco desde su significación y anclaje dentro de la historia de nuestra cultura y nuestras ideas. En este último sentido ya no nos contentaríamos con compararlo, equipararlo y eventualmente recurrir a la piadosa afirmación de la superioridad del discípulo respecto del maestro. Desde esta nueva perspec-

tiva, Domínguez Camargo tendrá que brillar con luz propia. Cuando el contenido de la obra sea estudiado sin tanta preocupación por el hipérbaton y la metáfora, por los brillos de cultismos y las oscuridades de aparentes ocultamientos retóricos y de hojarasca expresiva, se nos dará una valoración propia del autor y de la época en que se afina.

Mientras tanto, varios estudios publicados en la revista *Thesaurus*, del Instituto, continúan debatiendo las ideas que a raíz de la aparición de las mencionadas obras surgen en torno al cantor de San Ignacio. Menciono, entre otros, los siguientes trabajos: "La poesía de Hernando Domínguez Camargo en nuevas visperas", de Gerardo Diego, "La introducción al *Poema heroico* de Hernando Domínguez Camargo", de Eleanor Webster Bulatkin, "Naturaleza y barroco en Hernando Domínguez Camargo", de Carmen de Mora Valcárcel, "La fuente de dos pasajes del *San Ignacio de Loyola* de Domínguez Camargo", de Rafael Osuna, "En el espacio de la subversión barroca: el '*Poema Heroico*', de H. Domínguez Camargo", de Ester Gimbernat de González.

La empresa de asedio ascético que discurre por la tierra boyacense tiene feliz continuación en la sorprendentemente rica obra de Pedro de Solís y Valenzuela intitulada *El desierto prodigioso y prodigio del desierto*, descubierta afortunadamente merced a acuciosas pesquisas del Instituto, adelantadas con éxito así en Colombia como en España, bajo la orientación de don José Manuel Rivas Sacconi. Obra de tal magnitud y tal riqueza, aguardaba manuscrita desde 1711 los favores de la imprenta y la atención del teatro de los doctos. Los dos manuscritos, el llamado de Yerbabuena y el de Madrid, han salido, por primera vez, de las prensas de la Imprenta Patriótica del Instituto, a partir de 1983, en 4 gruesos volúmenes de texto y de exégesis. Ha corrido el trabajo de edición, de estudios y de anotación, a cargo de Rubén Páez Patiño, Jorge Páramo Pomareda y Manuel Briceño Jáuregui. Héctor H. Orjuela, posteriormente, extractó la novela que, a su juicio, está contenida en las páginas de esta obra.

Si bien Pedro de Solís y Valenzuela es santaferño, el argumento principal de su obra tiene por ámbito geográfico el desierto de la Candelaria, cercano a Ráquira, lugar de retiro y de meditación, en el que se levanta el convento de los religiosos de San Agustín.

El convento, según se dice en la obra (Mansiones I y XI), es un desierto en cuanto es lugar de recogimiento de devotos y penitentes ermitaños, ocupados en "La contemplación de los divinos misterios y en hazer rígida penitencia con continuados ayunos y frecuentes disciplinas".

La obra, en su estructura lineal, contiene varios relatos enmarcados, acompañados de composiciones en verso y meditaciones ascéticas. Lo más sobresaliente del libro, sin embargo, es su aspecto narrativo, particularmente la narración central que, desglosada del resto de materiales, ha sido considerada ya la primera novela, en orden cronológico, escrita en Hispanoamérica. Los personajes son, además de don Pedro, su hermano don Fernando, un joven de nombre Andrés y un amigo común, Antonio, amén del ermitaño Arsenio. Al final del relato, resultan ser el autor, su hermano don Fernando Fernández de Valenzuela, fray Andrés de San Nicolás y Vargas y Antonio Acero de la Cruz.

El héroe del relato es el anacoreta Arsenio, cuyo ejemplo consigue despertar vocaciones sacerdotales y ansias de vida retirada y penitente, cuya presencia alienta en las acciones de los restantes personajes, que de él dependen indirectamente. Es el transformador de un mundo degradado en otro de verdaderos valores. Es sintomática la actitud de Andrés, al decidirse a cambiar de vida, patente

en sus palabras: "Muere el profano, el licencioso, cuando de su cuerpo se desata el alma: mas el cuerdo, el prevenido, el virtuoso ¿cómo puede morir? Déstos quiero ser; mi vida he de concertar, mi alma he de disponer. ¡Afuera mundanas glorias! ¡Acábense ya las vanidades, las mundanas pompas, los deseos de honras y dignidades y regalos! Todo se ha de acabar y desde aquí se acabó todo para mí. Tal mudanza, tal desprecio de las pompas temporales no se aprende en la escuela de la vanidad; no en el mundo, sino en el desierto" (Mansión I).

El encuentro de manuscritos, su estudio y publicación en edición *princeps* de *El desierto prodigioso*, es ejemplo del tesonero esfuerzo de un brillante grupo de colaboradores, merced al cual obras como esta, de invaluable mérito, acrecen nuestro patrimonio cultural y hacen conocer del mundo las aspiraciones de los hombres de nuestra lejana colonia, habitantes de lugares tan retirados y aparentemente enterrados en la provincia boyacense.

Es la vertiente mística, la segunda vía de asedio y conquista espiritual: la que se manifiesta en nombres como los de Andrés de San Nicolás y su *Passerculi solitarii planctus, sive peccatoris ad Dominum conversio* y Francisca Josefa de Castillo y Guevara y sus *Sentimientos espirituales*.

Se trata de dos autores de raigambre tunjana. Fray Andrés de San Nicolás y Vargas, cuya cuna se han disputado Santa Fe y Tunja, con argumentos que pesan en una u otra época a favor de una u otra ciudad, es contemporáneo de los Valenzuela, ingenio que se formó en el Convento de la Candelaria y que dio sus frutos en Europa. Hombre de profunda y amplia formación humanística, conocedor de muchas lenguas y mejor de la latina que de la española, monstruo que, para asombro de Europa, pasó desde nuestra América para iluminar el viejo continente, maravilla de erudición, de elocuencia y de sabiduría, pero al mismo tiempo manso, humilde y obediente sin resistencia, y ejemplo de vida santa. Llegado a Castilla desde los desiertos de la Candelaria, la admiración de su comunidad lo paseó por los principales escenarios de España, y aun de Italia. Su humildad no le permitió aceptar todas las dignidades que su comunidad pudo ofrecerle en el siglo. Su obra, plena de inspiración y copiosa doctrina, es maravilla de cuidado en el contenido y en la forma de expresión.

El *Passerculi solitarii planctus*, traducido por Monseñor Rubén Buitrago Trujillo, O. A. R., con introducción y notas del traductor, fue publicado, facsimilarmente, con base en la edición de 1654, por el Instituto, en 1988.

Tal vez nadie más autorizado entre los neogranadinos, en razón de su desgraciada historia personal *ex defectu natalium* y de su conocimiento del mundo y de la historia de su tiempo, que fray Andrés, para valorar la pasajera vanidad, el brillo ilusorio y engañoso, la pompa fatua y delirante de títulos y dignidades, de riquezas y heredades con que el mundo distrae al hombre de lo que debiera ser su verdadera preocupación, a saber, la prosecución del camino de santidad. Ya anotábamos antes cómo Pedro de Solís y Valenzuela, en su obra, hace hablar a fray Andrés y manifestarse sobre estas materias. Su *Passerculi* es un tratado de mística, transido de la más delicada lírica. En él, en forma alegórica, "Bajo el nombre de un Pajarillo Solitario, el pecador, deseo de abandonar los caminos de la ignorancia y el error, vuela al árbol de la cruz como a único lugar seguro, y allí [...] se siente tranquilo y seguro, y llora su vieja cautividad bajo el yugo de las pasiones" (Prólogo).

No puedo continuar sin citar uno de los párrafos de la obra, titulado por el traductor "Señor, Caduco es cuanto este mundo promete". Es el N^o 13: "Oh, Señor Dios mío, ¿acaso he de recordar los engaños de aquel enemigo, seductor

de tantos con tan vanos bienes? Me veo obligado, en verdad, a confesar que fueron el constante objeto de mi solicitud y mis deseos, los escasos bienes de este prolijo mundo, que amamos contra tu voluntad, que con incesantes fatigas se alcanzan, y que desaparecen en el mismo instante en que se gozan. En verdad, siempre me prometí cosas caducas, y me vi atraído con no sé qué género de pueriles bagatelas. Y siempre me vi engañado, pues no bien las había alcanzado cuando este mundo engañoso me arrebató al punto sus pocos dones, si dones pueden ser llamados los que en un mismo instante principian y se acaban. Rompe, Señor, las ataduras de mi mente e ilumíname con tu luz de santidad, y conoceré lo que exactamente soy, y huirán de mi lado tantas tinieblas y vanidades con que se envaneceó mi espíritu".

Día llegará en que el sabio dominio de la lengua del Lacio que maneja fray Andrés, en el que la claridad y el equilibrio de la frase, la propiedad de los términos, la estructura de la parte y el todo y la claridad y profundidad del pensamiento, la exquisita lírica con que entrega su mensaje en el *Passerculi*, sean estudiadas por todos aquellos que sientan que no hay distancia entre su palabra y la palabra que precisa nuestro siglo.

La bibliografía de sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara se ha enriquecido considerablemente con el estudio, erudito en lo divino, titulado *La Madre Castillo: su espiritualidad y su estilo*, de que es autora la monja de las Escuelas Pías sor María Teresa Morales Borrero, publicado por nuestras prensas en 1968.

Dan idea de la densidad del libro de sor María Teresa los temas tratados, a saber, la experiencia de vida, con detenido análisis de la época, lecturas, experiencias sobrenaturales; la doctrina espiritual sobre el hombre y los seres creados y sobre Dios; la expresión literaria, en que se desbroza ampliamente el medio por el que la mística comunicó su mensaje. De todos los apartes, el que más subyuga es el de la doctrina espiritual. Si bien la Madre Castillo no fue propiamente una mística teórica y sí práctica, sus *Afectos* contienen unitaria la doctrina que un escalpelo fino como el de la autora del libro logra poner en evidencia.

El camino de la tribulación y del sufrimiento con humildad, de la negación del yo arrogante, de la soledad de las cosas y silencio del mundo, encontrará su premio en riquezas más brillantes que las gemas que más lo son en este mundo, al ascender el alma en el estado unitivo a la ciudad de Dios. La "noche oscura prepara con sus tinieblas una iluminación futura".

He aquí algunos pensamientos, espigados de los *Afectos*: "[...] los esforzados [...] arrebatan el reino de los cielos [...]"; "Los poderosos gigantes del siglo, varones famosos que obtuvieron riquezas, así como el humo pasaron" y "Tocó los montes el Señor y los convirtió en humo, y la vida del hombre nunca permanece en un estado [...]" ("Afecto" N^o 15); "La guerra del mundo es de una hora"; el camino de Dios es el de la "nada o total desnudez de todo lo criado" ("Afecto" N^o 48); "No es paz soltar las armas y las fatigas de la guerra, siendo pelea la vida del hombre [...]. Milicia es la vida del hombre y vienta es la vida del hombre. Breves son sus días, y así no pueden ser largas sus guerras"; aconseja la madre que no hemos de llorar en la tribulación y sí llevar la noche con paciencia, para mejor gozar el día ("Afecto" N^o 3); ¿qué es lo que se ve en tantas naciones, lenguas, tierras y reinos, sino "bramar las gentes con el furor de sus pasiones y meditar cosas inútiles y sin provecho?" se pregunta; "Las provincias y los reinos se consumen unos a otros"; el alma, merced a la oración, se eleva "como ciudad llena de riquezas y de pueblos, que

domina las gentes, porque como señora gobierna las pasiones y apetitos y aun se sirve de todas las cosas que están fuera de ella, tributándole todas [...]” (“Afecto” Nº 108).

Dos obras que se alinean en las huestes de la ascética y la mística son: la *Historia general de los religiosos descalzos del orden de los ermitaños del gran Padre y doctor de la Iglesia San Agustín* (tomo primero), obra última de fray Andrés de San Nicolás, publicada facsimilarmente con presentación de fray Jaime Escobar Guzmán, O. A. R., e Introducción de Manuel Briceño Jáuregui, en 1987, y la *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagros de la imagen de la sacratísima Virgen María madre de Dios Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, de fray Pedro de Tobar y Buendía, O. P., publicada facsimilarmente, con una presentación de Monseñor Mario Germán Romero, en 1986.

Las dos obras son historia de los héroes sagrados, de aquellos que en huestes de hombres han contribuido a acrecer el mundo de los santos. Al autor del primer libro ya nos hemos referido. Fray Pedro fue doctrinero de Servitá, cura del mismo pueblo y cuatro veces prior de Chiquinquirá, ciudad en donde murió.

Digamos, pues, que el Instituto Caro y Cuervo ha interesado en el estudio de las varias manifestaciones de la cultura boyacense, entre ellas la lingüística y la artística, y en la publicación de las investigaciones resultantes de dicho estudio. Valga mencionar las encuestas adelantadas en tierras boyacenses para el ALEC y el artículo *¿Intervino don Juan de Castellanos en la decoración de la casa del Escribano de Tunja?* de que es autor don Santiago Sebastián, publicado en *Thesaurus*, t. XX, 1965, págs. 347-356.

Reunamos en una reflexión estas obras, estas vidas, esta labor del Instituto: el dictado delfico de “Conócete a ti mismo” y el unamuniano de “¡Hacia adentro!” para desentrañar la verdad patria con voz propia; la clara posición científica que impone proponer periodización y elenco de figuras prioritarias y, en fin, la planificación de una empresa de estudios humanísticos; la acción para buscar, hallar y reunir documentos, manuscritos, objetos de observación de primera mano, observarlos, describirlos, sopesarlos justamente, explicarlos, erudita y sistemáticamente y luego llevarlos al conocimiento del mundo; la morosa y amorosa atención, dentro de estas directrices científicas a esta parcela boyacense, han sido, son y serán empeño de nuestro Instituto, lo fueron en épocas de Félix Restrepo, de José Manuel Rivas Sacconi, de Rafael Torres Quintero y, ahora, en la del inteligente y dinámico maestro de amigos, Ignacio Chaves Cuevas.

Unámonos, para terminar, en reflexión sobre las claras amonestaciones que la vida y la doctrina de la Madre Castillo irradian desde Tunja, para Tunja y para el mundo: su vida y sus palabras son metáfora y alegoría de la ciudad: vive ella y padece, como la ciudad en que habita, la soledad y dolores indecibles; se lamenta al ver derribados los muros de las casas, enflaquecidas las almas, mustias las flores: experimenta la obscura noche de la historia. Pero una fuerza siente que vivifica su interior y la hace “levantarse de su casco viejo”: en una época plagada de dudas y de excepticismo, de falta de serenidad en la expresión, de sequedad y frío en lo contenido del arte, propone una vía mística de fuego contenido y serenidad formal, para elevarse desde esta ciudad, para elevar a la ciudad en el conocimiento y la iluminación de sí mismo, en el silencio de las cosas, el extrañamiento de las temporalidades; propone despertar a las cosas verdaderas, dejar el sueño de lo transitorio que equivale a las fantasías de los que duermen: reconstruir la ciudad merced a la mística, hacerse a nuevos tesoros en

forma que el que sufra confiado y humilde sacará tesoros y riquezas inefables con que remedie su pobreza, sane sus enfermedades y se vista de honor y hermosura. Extiende una invitación a valorar nuestra propia ánima, esta nuestra ciudad, para enfrentarnos con nuestro propio conocimiento.

De Tunja brotó tal raudal de doctrina, tal visión del universo, de la pluma de tan egregia escritora. A Tunja corresponde emplearse en ella y divulgarla al mundo. A Tunja y a nuestro Instituto, cuyo lema es también compendio de doctrina similar en el dicto de "Veritas liberabit vos" ("La verdad os hará libres").

ERNESTO PORRAS COLLANTES

COLABORADORES DE «THESAURVS»

JOSÉ JURADO nació en Madrid en 1925. Doctorado en Filosofía y Letras, con especialidad en filología clásica, en la Universidad de Madrid, 1963, con una tesis sobre *Las fuentes griegas del «De Amicitia»* de Cicerón, es profesor en la Universidad de Carleton, Ottawa, Canadá, desde 1973.

Entre sus artículos publicados se enumeran *En torno a la traducción de las bucólicas virgilianas de Fray Luis de León*, en *Revista de la Universidad de Caldas*, vol. 1, 1960, págs. 69-80; *Encorbarse: «Libro de buen amor», v. 402 d*, en *Romania*, vol. 106, 1985, págs. 420-438; *Sobre la hipermetría en los segundos 'Gozos' de la Virgen, del libro de Juan Ruiz*, en *Revista de Filología Española*, vol. 67, 1987, págs. 269-286; y *«Libro de buen amor», 881c: la alusión a la 'cocatriz'*, en *Boletín de la Real Academia Española*, t. LXVIII, 1988, págs. 433-454.

Entre sus libros están el *Diccionario de referencias del «Poema de Mio Cid»* (Ottawa, Carleton University, 1982, 274 págs.) y la edición de la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, de José Francisco de Isla (aceptada para su publicación en Gredos, Madrid).

En *Thesaurus* han aparecido sus artículos *Repercusiones del pleito con Iriarte en la obra literaria de Forner* (t. XXIV, 1969, págs. 228-277) y *Ediciones '1758' del «Fray Gerundio de Campazas»* (t. XXXVII, 1982, págs. 544-580).

CARMEN DÍAZ ALAYÓN (Santa Cruz de La Palma, 1954) es Doctora en Filología Hispánica y Profesora Titular de la Universidad de